

CAPÍTULO QUINTO.

La tierra, centro del mundo; el hombre, rey de la creación; el lugar del hombre en la naturaleza.

Los enemigos de la revelación hacen á esta un crimen de dos errores groseros, que han bautizado con grandes nombres: *el error geocéntrico* y *el error antropocéntrico*. «El primero de dichos errores consiste, al decir de M. Luis Buchner, en considerar la tierra como el centro, como el punto capital de los mundos, en admitir que el universo entero ha sido hecho únicamente para este punto infinitamente pequeño del espacio. El segundo error hace, á su vez, del hombre, el centro y el objeto del mundo orgánico é inorgánico, del cual sería al mismo tiempo el dueño y el soberano.» De esos dos errores, añade M. Luis Buchner, el primero fué destruido ó descartado por Copérnico, Kepler, Galileo y Newton; el segundo, por Lamark, Goethe, Lyell y Darwin.

Pues bien; fácil nos será el probar que el primero de dichos errores no puede ser en manera alguna atribuido á la revelación y á la IG; y que el segundo es una verdad, á la vez divina y científica.

Jamás, ni las sagradas Escrituras, ni la Iglesia católica

han enseñado que la tierra sea el centro del mundo, y que ella se halle absolutamente inmóvil en el espacio; que el sol y las estrellas giren en rededor de ella como en torno de su centro de movimiento. Esa opinión de la inmovilidad de la tierra fué la del mundo griego y romano, á escepcion de Pitágoras y de algunos filósofos antiguos; ella fué renovada por la mayor parte de los Padres de la Iglesia, y considerada por ellos, equivocadamente, en razon de las ideas universalmente admitidas, como la más conforme á la letra de las divinas Escrituras; ella dominó la Edad media, invadida por el peripatetismo; mas ella tuvo por primer adversario formal al inmortal Copérnico, sacerdote sinceramente creyente, que no vaciló en decir en su célebre carta al Papa Paulo III: «*Si algunos hombres ligeros é ignorantes quisieran abusar contra mí de algunos pasajes de la Escritura, cuyo sentido tergiversan, desprecio sus ataques temerarios: las verdades matemáticas solo deben ser juzgadas por matemáticos.*» [J. Bertrand, *los Fundadores de la Astronomía*, pág. 53]. Si más tarde el libro de Copérnico fué puesto en el índice, si Galileo fué condenado á la retractacion de su enseñanza de la movilidad de la tierra, nosotros probaremos hasta la evidencia, que los tribunales eclesiásticos cedieron fatalmente á la presión de un error universal; pero que esas condenaciones no fueron jamás el ejercicio ó la norma regular de la autoridad docente de la Iglesia católica.

Yo lo repito, la revelación es completamente estraña al error geocéntrico, y el echárselo en cara fuera una injusticia irritante. En dicha cuestion, por el contrario, ella permaneció en ese justo medio en que reina la verdad lo mismo que la virtud. Las divinas Escrituras, en efecto, contentáanse con afirmar que el sol, la luna y las estrellas fueron hechas, en parte al menos, para alumbrar á la tierra y vivificarla. Pues bien, ¿quién pudiera negar ese hecho más patente que la luz del día? ¿quién osará afirmar que el calor, la luz y la vida comunicados á la tierra por medio del sol, son un obstáculo para que este ilumi-

ne, caliente y vivifique otros mundos planetarios? Sin el sol evidentemente la tierra no existiría; el sol es, pues, una de las condiciones de existencia de la tierra, y nosotros podemos decir en toda verdad que fué creado para la tierra.

No ignoro que el romancero de la astronomía moderna, M. Camilo Flammarion, ha dejado escapar de su pluma demasiado ligera este reto insolente: *¿Como vuestros antiguos dogmas podrán acomodarse con la ciencia moderna de la cual yo me he hecho el apóstol?* (decid más bien el eco ininteligente!) *La pluralidad de los mundos es la negación de la Encarnación y de la Redención.* Mas yo sé igualmente que dicho señor no cree ni una palabra de lo que afirma; yo sé que se me concedió la autorización, por la Comisión del Índice romano, para declararle formalmente que la Creación y la Redención no son en manera alguna un obstáculo para la existencia de otros mundos, de otros soles, de otros planetas, etc., etc. Y ya uno de nuestros más elocuentes oradores, el R. P. Félix, le había gritado desde lo alto del púlpito de Nuestra Señora de París delante de muchos miles de oyentes:

«Vos queréis absolutamente descubrir habitantes en la luna; queréis hallar en las estrellas y los soles hermanos en inteligencia y en libertad; y como lo dicen ciertos genios que aspiran á la vision intuitiva de todos los mundos, queréis saludar de lejos, al través de los espacios, sociedades y civilizaciones astronómicas. Sea así, pues. Si no tenéis otros motivos para romper con nosotros, nada se opone á que os tendamos nuestra mano, y á que vos nos tendáis la vuestra. Colocad en el mundo sideral tantas poblaciones como os plazca, bajo tal forma y tal grado de temperatura material y moral que queráis imaginar; el dogma católico muestra en este punto una tolerancia tal, capaz de asombraros... ¿Querérese, pues, absolutamente que los planetas, los soles y las estrellas tengan sus habitantes, capaces, como nosotros, de conocer, amar y glorificar al Creador? Yo

«me apresuro, pues, á proclamarlo: el dogma no repugna á ello; él no niega, ni afirma nada sobre esa libre hipótesis. La economía general del cristianismo sólo considera á la tierra, nada más que la tierra; ella abraza á la humanidad, nada más que á la humanidad, á la humanidad descendida de Adán y redimida por Cristo... Fuera de esa grande economía del cristianismo, concierne á la humanidad adámica, ¿débense admitir, en los globos celestes, criaturas inteligentes que tengan con la nuestra alguna analogía? José de Maistre, cuya austera ortodoxia no es un misterio para nadie, se inclinaba á creerlo; algunos grandes pensadores, en el seno del catolicismo, participan de su misma opinion; y muy poco importa que os diga lo que pienso yo mismo para manifestaros sobre ese punto mis preferencias personales. Empero, por lo que respecta al dogma católico, del cual dicha opinion quiere ser siempre un intérprete fiel, yo no espero, ante esa grande hipótesis, embarazo alguno; yo no temo ni aun decir que hallo en ella un recurso para contestaros á vos mismo, y un arma más para defenderlo contra vuestros propios ataques.» Y, en efecto, el R. P. Félix oponía el secreto de la pluralidad de los mundos á los escrúpulos que hace nacer el dogma del pequeño número de los escogidos. (*Conferencias de Nuestra Señora de París en 1863, El misterio de la creación y la ciencia de los mundos.*)

Habiérase podido acusar al abate Gratry, en sus *Cartas sobre la Religión*, por haber visto con Orígenes la pluralidad de los mundos habitables y habitados, en estas palabras de Jesucristo (San Juan, cap. X y XIV): «Tengo aun otras ovejas que no están en este aprisco. Es necesario que yo las traiga, para que no haya más que un solo aprisco y un pastor. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Voy á aparejaros un lugar.» Sin embargo, nadie se ha alarmado al oír esclamar al elocuente académico:

«No puedo pensar en los habitantes de los otros mundos, sin que desde luego mi razon y mi fe se fortalezcan

«y tomen todo su vigor y vuelo. Yo veo á esos maravillosos hermanos; y en su multitud los hay, muy probablemente, de más grandes, más bellos, más nobles y más adelantados que nosotros, más capaces de amor indomable y de fe creadora. Gracias á Dios, sobre nuestra tierra «¡qué nobles y espléndidas bellezas hay, qué ángeles enviados por Dios para hablar á nuestras almas y para «abrir nuestros corazones! ¿Qué serán, pues, esas bellezas más grandes y más nobles?» (*Cartas sobre la Religión*, in 8.º Douliol, París, 1869.)

Empero, la cuestión de la pluralidad de los mundos no es una de esas cuestiones de ciencia que pueda oponerse á la fé; y las analogías más verosímiles no ós dan de ningún modo la certidumbre que exista, fuera de la tierra, una criatura inteligente, de la cual sea posible afirmar, como la revelacion afirma respecto del hombre, diciendo que este es tan grande, que el universo material, bien que sea inmenso, es menos grande que él; puesto que de hecho él ha sabido abrazarlo y concentrarlo en sí.

Emplacemos, pues, el hombre en la tierra, y el pretendido error geocéntrico conviértese en una grande y consoladora verdad. Oigamos un testigo que no puede ser sospechoso, á Francisco Arago, sábio ilustre entre todos, que hablaba el lenguaje de la ciencia pura, sin soñar siquiera que hablara el lenguaje de la fe. (*Noticias históricas*, tom. II. pág. 278. *Biografía de Bailly*.) «Cuando por «medio de algunas medidas, en las cuales la evidencia «del método corre parejas con la precision de los resultados, el volumen de la tierra es reducido á menos de la «millonésima parte del volumen del sol; cuando el sol «mismo, trasportado á la region de las estrellas, va á tomar un lugar muy humilde entre los millares de millones de dichos astros que el telescopio ha señalado; «cuando los 38 millones de leguas que separan á la tierra «del sol, han venido á ser, en razon de su pequeñez comparativa, una base enteramente impropia para la investigación de las dimensiones del mundo visible; cuando

«la rapidez de los rayos luminosos (70,000 leguas por segundo) basta apenas para las evaluaciones de la ciencia; «cuando, por último, merced á un encadenamiento de pruebas invencibles, ciertas estrellas vénese alejadas de «nosotros á más distancia que la luz no pudiera recorrer «en menos de un millon de años; nos sentimos como anegados bajo esa inmensidad. Al conceder al hombre, al «planeta que habita, un espacio tan pequeño en el mundo material, la astronomía parece verdaderamente no «haber hecho progresos más que para humillarnos. Si, «considerando luego la cuestión bajo otro punto de vista, se reflexiona sobre la debilidad estremada de los medios naturales, con cuyo auxilio tantos grandes problemas han sido planteados y resueltos; si se considera que «para comprender y medir la mayor parte de las cantidades, que forman hoy la base de los cálculos astronómicos, el hombre ha debido perfeccionar el más delicado de sus órganos, y ayudar inmensamente á la potencia «de su ojo; si se observa que no le era menos necesario el «descubrir algunos métodos propios para medir larguísimo intervalos de tiempo, hasta la precision de un décimo, el contrarrestar los efectos más microscópicos que «algunas variaciones incesantes de temperatura producen «sobre los metales, y por lo tanto sobre todos sus instrumentos, el garantirse de las ilusiones sin número que «siembra ó crea, sobre la direccion de los rayos luminosos, la atmósfera fria ó caliente, seca ó húmeda, tranquila ó agitada, al través de la cual se hacen inevitablemente sus observaciones, el sér débil recobra todas sus «ventajas. Al lado de esas obras maravillosas de la inteligencia ¿qué significa la debilidad y la fragilidad de «nuestro cuerpo? ¿qué importan las dimensiones del planeta, que es nuestra morada, del grano de arena sobre «el cual nos cupo en suerte el aparecer por algunos instantes? Hé aquí la ciencia verdadera, lo cual es igualmente la fe. El hombre es una cosa grande, muy grande! *Magna res est homo*. Y M. Luis Buchner osa gloriarse

de haber dado una base científica á la opinion que considera al hombre simplemente como un vástago del mundo animal ambiente. ¿Qué furor no revela, sin embargo, esa obstinacion en rebajarse al nivel de las bestias de carga sin razon?

¡Por algunos instantes! Esta palabra bien triste escapada al alma harto poco creyente de Francisco Arago me recuerda otra extravagancia de los apóstoles de la falsa ciencia. El genio del hombre ha sondeado, en efecto, las profundidades de los cielos. Ha descubierto en ellas todo un ejército de astros diversos, nebulosas, mundos en via de formacion ó aglomeraciones condensadas de estrellas; estrellas simples ó múltiples, blancas ó coloradas, de brillo fijo ó variables; el sol con su cromósfera, su fotosfera, su corona, sus manchas, sus fáculas, su punteado, sus protuberancias, etc., etc.; planetas con sus fajas, sus anillos y satélites; cometas, bólidos, aerolitos, estrellas errantes, la materia cósmica, la luz zodiacal, las auras polares, etc., etc. Mas esos astros, ó esos cuerpos en número incalculable y de volúmenes á menudo enormes, el hombre no hace más que entreverlos; ellos continúan siendo para él otras tantas incógnitas, misterios, enigmas impenetrables. Los mil doscientos millones de estrellas, de la primera á la décima quinta magnitud, que los astrónomos han podido descubrir á simple vista, ó con el auxilio de los magníficos instrumentos fabricados por ella, han permanecido para él simples puntos luminosos; y hoy todavía yo veo á dichos hombres reducidos á esclamar con el Sabio: «El esplendor de las estrellas es la belleza del cielo; el Señor es el que ilumina el universo desde las alturas del firmamento.» ¿Qué son individualmente esos astros ó esos mundos? Nada sabemos sobre ello. Como para excitar nuestra curiosidad, uno de ellos un dia brilló con un resplandor enteramente nuevo ó desconocido, para extinguirse algunos dias despues. Nosotros no pudimos sospechar que hubiera abierto sus flancos y lanzado al espacio torrentes de hidrógeno inflamado, cuya combustion se manifestó á nuestros ojos al cabo de mu-

chos años. Empero ¿qué son esos datos tan remotos y tan vagos? ¿No es evidente que, segun las doctrinas de los Vogt, los Buchner, etc., etc., el cielo seria un cruel reto lanzado al hombre? No lo fuera ya por Dios (Dios para ellos no es más que una palabra sin sentido alguno), sino por la naturaleza, que ellos personifican, y que no fuera para el hombre más que una madrastra... ¡Cuánto más consoladoras no son las enseñanzas de la fé! Fiel intérprete de los designios de Dios, el Rey-profeta ha dicho en un santo transporte: *Yo veré, pues, los cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú has enclavado.* «Acá abajo, decía por su parte el grande Apóstol, sólo vemos como «en el espejo, y todo permanece para nosotros un enigma, «mas un dia veremos á Dios cara á cara, y en sí mismas, «á las criaturas de Dios.» En mi conviccion profunda, el paraíso de los cristianos no tendrá ese carácter de inmovilidad estática en el reconocimiento, en la alabanza y en el amor que algunos místicos le atribuyen; será, por el contrario, vivo, animado y en gran manera activo. Iremos de astro en astro, de mundo en mundo, y Dios se complacerá en revelarnos los secretos de los cielos. La fé me autorizó á tomar á la letra este grande oráculo del profeta Daniel, cap. XII, v. 3: *Todos despertaremos del pozo... unos para la gloria y otros para oprobio. Aquellos que hubieren sido sabios de la ciencia de Dios, brillarán como la luz del firmamento, y aquellos que enseñaren á muchos la verdad y la justicia brillarán como estrellas por toda la eternidad.* Yo lo pregunto á todo hombre de buen sentido, esa suerte contra la cual no es posible protestar á no ser por un exceso de ceguera, ¿no es acaso infinitamente preferible á la de los incrédulos? Ellos ¡ay! despues de haber gozado durante algunos instantes del misterioso y conmovedor espectáculo de la bóveda estrellada, veránse reducidos á decir tristemente con Jonatás: *Gustando he gustado un poco de miel, y hé aqui que ya muero!* Ellos están ya tan obcecados, que la voz de las estrellas nada dice á su corazon. Su caída fué más profunda que la de ese pobre

Gáspar Hauser, condenado al idiotismo por la secuestración, y cuyo historiador, M. Feuerbach, ha dicho: «La primera vez que vió el cielo sembrado de estrellas, atestigüó la más viva admiración; expresó llorando el pesar que sentía, porque el autor de su cautiverio le hubiera «privado de un espectáculo tan magnífico.»

Nosotros lo hemos probado sobradamente: todo es falso, todo es desesperador en las doctrinas, ó más bien en las aspiraciones contra la naturaleza de nuestros adversarios. Por el contrario, todo es verdadero, todo es consolador, todo es embelesador en las enseñanzas de la revelación y de la fé. La tierra es así el centro del mundo, como dijo el Génesis. El hombre es verdaderamente el centro y el intérprete de la creación entera; y él lo será más perfectamente todavía, cuando llegue á ser semejante á Dios que se le aparecerá en su gloria.

El hombre, rey de la creación.—La soberanía del hombre sobre toda la naturaleza, soberanía de derecho y soberanía de hecho, es manifestamente afirmada, desde el origen de la humanidad, por las divinas Escrituras. Al bendecir á los animales y al hombre en el paraíso terrenal, Dios les dice: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra. Tú, hombre, sujétala, reina sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los demás seres animados que se mueven sobre la tierra.» Refiriendo la creación, á su vez el Sabio ha dicho: «Dios crió al hombre y lo hizo á su imagen... Infundió el sentimiento de su temor en todas las cosas, y le dió el imperio sobre las bestias y «las aves.» En el momento solemne en que Noé salía del arca, aterrado todavía por el desencadenamiento de la justicia divina, Dios le dijo por segunda vez: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra. Que vuestro temor y espanto «sea sobre todos los animales de los campos, y sobre todas las aves del cielo, y sobre todos los seres que se mueven en la faz de la tierra. Hé aquí que yo pongo en vuestra mano todos los peces del mar.»

Al contemplar ese dominio supremo del hombre sobre toda la naturaleza, el Salmista exclamaba: «¿Qué es pues «el hombre, para que tú te hayas preocupado tanto de él? «Tú le hiciste casi igual á los ángeles (espíritus puros, libres de las seducciones de la carne); le coronaste de «gloria y de honor; le estableciste cual soberano de todas las obras de tus manos; pusiste á sus plantas las «covejas, los animales domésticos y hasta las bestias de «los campos.» Después de haberse hecho el eco de esas magníficas palabras, san Pablo añadía: «Nada hay que «pueda sustraerse al dominio del hombre.» Santiago, por último, reasumiendo la tradición entera, atestigüa que «todas naturalezas criadas, los animales salvajes, las «aves, las serpientes y todos los seres pudieron ser domesticados, y fueron domesticados, de hecho, por la naturaleza humana.»

¡Hé aquí, pues, lo que debía ser el hombre según la revelación! ¿No es eso acaso lo que él ha sido y lo que es aun hoy? Esa soberanía, esa dominación del hombre, ¿no son por ventura un hecho más patente que la luz del mediodía? Repasad, en este volúmen, el magnífico cuadro trazado por Cauchy, sobre los prodigios de la actividad humana, y exclamareis forzosamente que el hombre es el señor y rey de la naturaleza; que nada, absolutamente nada, pudo sustraerse á su poder. El elefante, el rinoceronte, el hipopótamo, el león, el tigre, el leopardo, el oso, el águila y el condor, hállanse á merced de él. El los acosa y los mata cuando quiere; todos ellos desaparecerían de la tierra pocos días ó pocos meses después que él hubiere resuelto esterminarlos. Ni su fuerza, ni su destreza, ni su rapidez, ni los obstáculos acumulados por la naturaleza podrán librarles de sus golpes. Ved la ballena, Levistan acaso, que con su poderoso soplo hace espumear en lontananza la superficie del mar, que con un choque de su cabeza ó con un movimiento de su cola puede derribar un buque y hacerle sumergir en las olas. El hombre tiene sed, industrial y comercialmente,

de su aceite, hambre de sus barbas y de sus carnes; le ha jurado una guerra á muerte. Acosada en todos los mares europeos ó templados, ella ha creído hallar un asilo seguro en los mares fríos de los océanos polares, y háse refugiado en ellos. Mas el hombre la ha seguido, la ha alcanzado, cada día la hiere con su arpon sanguinario; y como quiera que el arpon sea todavía harto lento é incierto, el ballenero, rey de los mares, dispónese á aterrar al gigante de la creacion con sus balas esplosivas.

Viajeros y misioneros están unánimes en reconocer el cumplimiento de este oráculo divino: *Yo infundiré vuestro temor en todos los seres*. Ellos han visto con sus propios ojos al elefante, al leon, al tigre, á la serpiente, al orangután y á todos los animales más capaces de sobrepujar al hombre con su fuerza, ó al menos de luchar con él, evitando su presencia, sin atacarle jamás, á no ser por circunstancias escepcionales ó irresistibles, por ejemplo, en caso de rabia ó de hambre en su último paroxismo. En tanto es ello así, que segun el lenguaje extraño de Ezequiel, para aprender á devorar á los hombres, hacer viudas y desolar ciudades, el leon tiene necesidad de un aprendizaje especial y milagroso. Hay más, y bien es preciso que yo lo diga, cuando el hombre se ha hecho semejante á Dios por una virtud heroica, cuando ha sabido elevarse á la santidad de los Pablos, los Antonios, los Franciscos de Asís y los Anchieta, conviértese literalmente en rey de la naturaleza. Los animales, aun los más feroces y crueles, vuelven á ser respecto de él esclavos sumisos, servidores fieles, amigos adictos.

EL LUGAR DEL HOMBRE EN LA NATURALEZA.

El hombre en su síntesis.—Para cualquiera que abra los ojos de buena fé y sin ideas preconcebidas, en la creacion ó en la naturaleza, hay cuatro grados evidentes de ser: los minerales, que existen pura y simplemente; los

vegetales, que existen y viven; los animales, que existen, viven y sienten; y el hombre, finalmente, que existe, vive, siente y raciocina.

El sér, la vida, la sensibilidad ó el sentir y la razon, son bien evidentemente cuatro gradaciones distintas de la existencia.

La revelacion las concede todas cuatro al hombre; ella rehusa al animal la razon. Pues bien; el buen sentido y el sentido comun hállanse incontestablemente de acuerdo con la revelacion; toda vez que si para saber la significacion de la palabra *razon* abris el diccionario de la Academia francesa y de todas las Academias del mundo, leeréis en él: *Razon*: Facultad intelectual por la cual el hombre se distingue de las bestias. Es tan universal é invencible la creencia de que la razon es el distintivo propio y esclusivo del hombre, que jamás todavía persona alguna ha osado decir de un animal *que este hubiese alcanzado la edad de la razon, ó que hubiese perdido la razon*; que se hubiera vuelto loco! El animal no pierde la razon, luego carece de razon! El hombre pierde la razon y se vuelve loco, luego posee la razon. Este argumento es invencible; él basta para confundir eternamente á nuestros adversarios. El P. Bernal ha desenvuelto admirablemente dicho argumento en sus *Helicenes ó Cartas Provinciales*, sexta edicion, tom. II, pág. 370; creo que se me agradecerá que yo recuerde aquí sus bellas palabras; puesto que ellas arrojan mucha luz sobre una cuestion más controvertida todavía en nuestros dias que en sus tiempos:

«Penetrad conmigo en esos locales sombríos y reducidos, en los cuales no queda nada más del hombre que el animal; observad esos mortales víctimas de un delirio habitual ó de un cerebro trastornado; pues bien, lo que resta en ellos, lo vereis superior aun á cuanto pudierais admirar en la bestia. El hombre en tal caso ha desaparecido completamente; y sin embargo, como la bestia todavía, y mucho mejor que ella, los tales ordenan á su cuerpo que

se oubra y á sus manos que sirvan para sus necesidades físicas; como ella, y mucho mejor que ella, ellos combinan los medios de evitar el dolor y de procurarse placeres; como ella; son tan pronto dóciles como rebeldes al palo; como ella, solicitan vuestro socorro, vuestras generosidades, y ensulzarán la mano que se las dispensa; como ella, engañarán á la persona que les vigila, aspirarán á la libertad, emplearán los instrumentos del hombre para adquirirla; mucho mejor que ella, á menudo poseerán su astucia, su industria y su *inteligencia*. Si esa inteligencia la hubierais hallado en la bestia, en el mismo grado, si hubierais visto al animal, no ya imitando simplemente y repitiendo los sonidos del hombre, sino dando á vuestro lenguaje el mismo sentido que vosotros, pedir pan cuando tiene hambre, agua cuando tiene sed, fuego ó lumbre cuando tiene frío, sin equivocarse jamás en la expresión de sus necesidades y deseos; sólo entonces, pudierais suponer en la bestia la libertad y la razón del hombre! Mas ¡cuán grosero fuera aún vuestro error! El hombre no parece todavía, y vosotros creyeráis haberle visto ya todo entero. No, esa libertad que se concreta á tender y á retirar la mano para las necesidades del cuerpo, á huir el encierro, á inclinarse bajo el yugo ó á romperlo; esa inteligencia cuyas operaciones se limitan á conocer, á comparar en la materia aquello que lisonjea al propio gusto, restaura el estómago, satisface el apetito y regocija los sentidos; esa memoria que sólo conserva huellas distintas del objeto terrestre; ese entendimiento que sólo comprende lo relativo á los órganos; esa voluntad, que no sabe querer más cuando el hombre está satisfecho; esa lengua misma, que no articula más sonidos cuando todas las necesidades del cuerpo están cumplidas; no, nada de eso es la libertad, la inteligencia, la memoria, la voluntad, la razón, ni la lengua del hombre. El pensar, el hablar, el obrar, el ser libre como hombre, es sacrificar el error á la verdad, el vicio á la virtud y todos los sentidos al alma; es conocer, ver y elegir, no aquello

que es agradable para los órganos, útil para la salud y para la conservación del cuerpo; sino aquello que es honesto, provechoso para el espíritu y conservador del alma. El insensato, en un asilo de locos, es más que la bestia; pero no es ya el hombre! El mártir ante el tribunal de un tirano y despreciando sus amenazas, hé aquí al hombre en su síntesis divina.»

La razón separa completamente al hombre del animal. Ella hace de él, si no material al menos moralmente, un sér aparte, y de la humanidad un reino aparte, el reino humano, coronamiento de los otros tres reinos de la naturaleza: el reino mineral, el reino vegetal, el reino animal y el reino humano. Ella esplica el hecho, más claro que la luz del día, de la soberanía del hombre sobre toda la naturaleza. Ella coloca al hombre á una distancia, realmente infinita, del animal; dado que la relación de la razón del hombre, aun siendo finita, á la razón nula del animal, constituye matemáticamente un relación ó diferencia rigurosamente infinita.

Esa distancia infinita, esa distinción, no solo de cantidad, sino de cualidad, no tiene cuenta ciertamente á la impiedad, y por lo tanto, á la falsa ciencia y auxiliadora forzosa de la incredulidad. Bossuet decía ya de su tiempo: «El hombre vé en los animales un cuerpo semejante al suyo, los mismos órganos, los mismos movimientos; él les vé nacer, vivir, sufrir y morir, comer, beber, ir y venir con oportunidad; evitar los peligros, buscar sus comodidades, acometer y defender, aguzar el ingenio aun, prevenir las caricias y mostrar una sutileza estremada. Se les adiestra y se les instruye; instrúyense, igualmente unos á otros; se les oye llamarse, recordarse y advertirse recíprocamente. Esa semejanza de acción engaña á los hombres; estos quieren á toda costa que los animales ratiocinen; parecen empeñarse en elevar á los animales basta su propio nivel, á fin de tener el derecho de rebajarse hasta ellos y de poder vivir como ellos.» Bossuet á este propósito recordaba estas dolorosas palabras, que son la

clave de tantos misterios de ignorancia: «Elevado al colmo del honor, el hombre no lo ha comprendido; háse comparado á los animales sin razon, y se ha hecho semejante á ellos.» Y añadía con profunda tristeza: «Cosa estraña! El hombre, animal soberbio, que se atribuye á sí mismo cuanto conoce de sublime, y no quiere ceder nada á su semejante, hace esfuerzos inauditos para tener el mismo valor que las bestias, ó para que haya poca diferencia entre ellas y él.»

La doctrina que estravió algunas inteligencias en el siglo décimo séptimo tiende á invadir todas las inteligencias en el décimo nouo. Tomemos, sin embargo, acta de este hecho incontestable; es decir, que los zoántropos son raros todavía, que son contados; que el número de los Vogt, Buchner, Huxley, Broun, Dall y Sanson, es aún muy limitado; y que ellos son desmentidos por los sabios más ilustres del antiguo y nuevo mundo. Sí, raros son aquellos que osan decir con M. Buchner: «Si hoy, apoyándose en la ciencia y en los más grandes descubrimientos modernos, se busca el puesto del hombre en la jerarquía de los séres, llégase pronto á unas conclusiones diametralmente opuestas á las ideas antiguas. Véase y se reconoce que el hombre, no sólo por sus propiedades físicas, sino aun por sus propiedades intelectuales, hállase unido de la manera más íntima á la naturaleza ambiente; y que, si se eleva por encima de ella, es sólo merced á un grado de perfeccion más grande y variado de sus fuerzas y facultades.» (*El hombre segun la ciencia*, página 11.)

Raros son igualmente los hombres que dicen con M. Dally: «La comparacion de las aptitudes aisladas está lejos de permitirnos creer que nosotros seamos de otra esencia que el reino animal entero, siendo fácil demostrar que ciertos animales poseen á menudo en un grado superior ciertas facultades especiales. Difícil es que quepa duda alguna sobre la identidad de la naturaleza de las operaciones mentales en toda la série ani-

mal.» (*Del lugar del hombre en la naturaleza*, introduccion, pág. 90 y 91.)

Raros son asimismo aquellos que dicen con M. Andrés Sanson: «Todas las facultades que podemos distinguir por sus manifestaciones, existen igualmente en toda la série animal. No hay diferencia alguna en las diversas alturas de la série, más que por el grado de su desarrollo... Entre las manifestaciones intelectuales, no hay, desde lo más infimo á lo más elevado, en la escala de la organización, más que diferencias de cantidad, no de cualidad.» (*Filosofía positivista*, entrega de Mayo-Junio 1870, pág. 437.)

Raros son, por último, aquellos que dicen con M. Huxley: «Los hombres asemejanse á los animales en la proporcion segun la cual ellos se parecen. Los hombres difieren de los animales en la proporcion segun la cual ellos mismos se distinguen entre sí... Ningun signo anatómico de demarcacion más profunda que las que existen entre los animales que se hallan inmediatamente debajo, puede ser trazado entre el reino animal y nosotros mismos. Y ahora yo añadiré la expresion de mi propia creencia, esto es, que toda tentativa encaminada á establecer una distincion psiquica es igualmente fútil, y que aun las facultades más sublimes del sentimiento y de la inteligencia empiezan á germinar en las formas inferiores de la vida.»

Todo eso no son evidentemente más que aserciones gratuitas, creencias sin fundamento alguno, esfuerzos extraños de voluntades extraviadas; y todo ello para poder decir que, comparado á los animales, el hombre es simplemente el primero entre sus semejantes ó sus pares, *primus inter pares!* Empero, cuando se examina el asunto de más cerca, échase de ver muy claramente que, salvo en algunos energúmenos, la conviccion de esa triste *paridad* no está exenta de inquietud y perturbacion. Esta perturbacion misma es la que obliga á cada instante, á M. Huxley sobre todo, á hacer estas declaraciones elocuentes...

«Entre el poder mental del hombre más inferior y el del mono más superior hay una distancia enorme; existe entre ambos un abismo insondable...» «La posesión del lenguaje articulado es la causa primera de la *inmensa* y, en la *práctica*, *infinita* divergencia del árbol ó raíz humana.» «No existe intermediario alguno para llenar el vacío que separa al hombre del troglodita.» «El hombre es el solo sér de inteligencia consciente en el mundo.» «La inmensidad del golfo entre el hombre civilizado y los animales es insuperable, etc., etc.» Estas reservas de M. Huxley son de tal manera incesantes, que acababan por exasperar á su traductor francés, M. Dally (que es igualmente un traidor como Clemencia Royer). M. Dally no aguanta más, y exclama, pág. 238: «Las palabras *inmensa diferencia*, *gran golfo*, *elevación*, *abismo* y *precipicio*, que se leen á cada paso en el texto de M. Huxley, algunas veces me han parecido poco en armonía con el pensamiento del autor... Entre ciertos monos y ciertos australianos, no existe más diferencia que entre estos y los hombres más eminentes del Occidente... Hora fuera ya de renunciar á esos abismos y precipicios.»

Esta ocurrencia de M. Dally nos revela felizmente la causa verdadera de todos esos extravíos de inteligencia. Dicho señor es el único consejero consigo mismo, puesto que antes de proceder á la comparación del hombre con el animal, sienta este principio: «El hombre débil y desvalido, errante y desnudo, sin industria alguna y casi sin armas, hé aquí el hombre que es menester comparar á los animales, y no aquel que, movido por el instinto de su desenvolvimiento supremo, va agrandando cada día la distancia que le separa de él, destruyendo todos aquellos que puede utilizar para sus necesidades (pág. 90).» Empero, tal principio es la supresión del buen sentido. En efecto, cuando se trata de comparar dos séres, lo que debe cotejarse son las dos naturalezas y no los accidentes de las dos naturalezas. Pues bien; el hombre débil y desvalido, errante y desnudo en el estado salvaje, es el accidente, la

caída, una decadencia. Lo hemos probado; el hombre en su cuna no era desvalido, ni se hallaba desnudo; aun dado el caso que hubiera sido así, por otra parte, su debilidad y su desnudez no serían todavía más que meros accidentes; toda vez que es incontestable que con el cambio de centro, el tiempo, los cuidados, la educación y la instrucción, el Mincupio más embrutecido puede, al cabo de un número suficiente de generaciones, llegar á ser el padre de una raza enteramente comparable á la raza anglosajona (1). Y la prueba invencible de ello, al menos en el

(1) Objétase, dice M. Flourens en su *Ontología natural*, pág. 75, que la raza negra no ha podido elevarse hasta el cultivo de las ciencias. Esto implica una inferioridad muy real de naturaleza; pero esto no es más que una inferioridad accidental, temporal; no es de ningún modo una inferioridad de naturaleza; no faltando quien llega á creer que, colocada en unas circunstancias más favorables, la raza negra podrá elevarse un día al nivel intelectual de los pueblos civilizados.

M. de Quatrefages dice en su *Unidad de la especie humana*, páginas 164 y siguientes: Los individuos de la raza australiana, la más degradada de todas, aprende de leer y de escribir casi tan pronto como los europeos; todos ellos comprenden y hablan muy bien el inglés. Aquellos que, como Daniel y Bonilong, fueron conducidos á Inglaterra é introducidos en la sociedad elegante, se han vuelto unos verdaderos *gentlemen*, caballeros, por confesión misma de los escritores más pogenistas. M. Bateman y algunos ingleses que fueron á Port-Phillips, sobre la costa meridional de la Australia, pasáronse de la civilización de los habitantes de dicha costa, á los cuales hallaron mucho mejor alojados y provistos de muebles y de todos los objetos necesarios que ninguno de sus compatriotas. Pocos días despues ese fenómeno de perfección relativa fué explicado por la aparición de un hombre blanco, vestido con una levita de piel de kangaroo. Era un granadero de los ejércitos ingleses, llamado Witham Buckley, el cual, habiendo sido enviado á aquel punto en la ocasión de una primera tentativa de colonización, en 1803, habíase escapado y había vivido treinta y tres años con los indígenas. Dicho individuo no tardó en ser el jefe de ellos, y bajo su dirección estos llegaron al estado que tanto asombro causará á los nuevos colonos. Bien claro se ve lo que pudo entre aquellos salvajes declarados incapaces de todo progreso, la influencia de un simple soldado. Al lado de esas hordas australianas que entraron en la vía de la civilización, muéstrase la posteridad de los reos *convictos*, que se evadido de las leyes penales, vagando diseminada de *isloite* en *isloite*, y hallándose mucho más cerca del estado salvaje que de la civilización degra-

orden de ideas en que se colocan nuestros adversarios, es que los anglo-sajones mismos son los descendientes en línea directa de una raza salvaje. M. Dally no ha protestado, y hubiera protestado en vano contra esa frase de M. Huxley, que espresa directamente y muy claramente esta verdad capital: «El poeta, el filósofo, el artista cuyo genio es la gloria de sus tiempos, ¿hubiera caído acaso de su elevada dignidad, á causa de la probabilidad histórica, por no decir la certidumbre, de ser el descendiente de algún salvaje desnudo ó brutal, cuya inteligencia bastaba apenas para hacerle un poco más astuto, un poco menos peligroso ó temido que el tigre.» (*Del lugar del hombre en la naturaleza*, pág. 248.) El hombre había salido perfecto de manos del Criador; el hombre salvaje es, pues, un hombre decaído, y su decadencia es un accidente; toda vez que ha vuelto y que puede volver siempre al estado perfecto. En la existencia del animal, por el contrario, no hubo caída alguna, ni accidente alguno; permaneció lo que era y lo que será. Y es de todo punto evidente que, en la comparación que debe establecerse entre el animal y el hombre, el notar en el hombre el accidente, la decadencia, el estado salvaje ó la locura, es el colmo de la insensatez y de la mala fé. Hé aquí, sin embargo, lo que hacen los adversarios de la revelacion; y hé aquí cómo ellos llegan á la conclusion de la *paridad*, ó de una *simple diferencia de cantidad*, mas no de *cuantidad*. Bossuet lo dijo antes que yo en su *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*, cap. V, § 7: «A propósito del razonamiento que compara á los hombres estúpidos con los animales, hay que notar dos cosas: la una, que los hombres más estúpidos tienen cosas superiores al más perfecto de los ani-

mada. Así, en Australia el hombre blanco se rebaja, al paso que el hombre negro se eleva. Estos testimonios son ciertamente la refutación completa de todas las aserciones poligenistas, siendo tanto más concluyentes, en cuanto aquel que los adujo no soñaba siquiera, al trazar las líneas que acaban de leerse, en la cuestion que ventilamos aquí.

males; la otra, que siendo todos los hombres, sin excepcion, de la misma naturaleza, la perfeccion del alma humana debe ser considerada en toda la capacidad en que la especie puede extenderse; y que, por el contrario, aquello que no se observa en ninguno de los animales, no tiene su principio en ninguna de las especies, ni en todo el género.»

Evidentemente, lo que es menester comparar, para ser justos y verídicos, es lo más completo de los hombres, ó por lo menos lo que pudiéramos llamar el hombre mediano, físico, inteligente y moral, al más perfecto de los animales, no diré al animal mediano; puesto que en el animal de la naturaleza hay en todas partes identidad esencial y absoluta; solo la domesticacion crea diferencias. Si dicha comparacion fuera establecida de esta suerte, ¿podria llegarse por ventura á una similitud desconsoladora, á una paridad brutal? Evidentemente, no; sino á una diferencia esencial y absoluta. ¿Quién osará decir que el Apolo de Belvedere y la Vénus de Milo son los semejantes del gorilla ó de la hembra del chimpanzé? Estos dos bellos versos de Ovidio caracterizan por sí solos una diferencia tan grande como del día á la noche:

*Os homini sublime dedit cœlumque tueri
Iussit et erectos ad sidera tollere vultus.*

«El dió al hombre una boca sublime; ordenóle que mirara el cielo, que elevara hácia el firmamento su rostro noble y altivo.» Al solo aspecto de un anglo-sajon, hombre ó mujer, ¿sientese su soberanía sobre la naturaleza entera: *¡Incessu patuit Dea!* ¿Podiera ocurrírsele acaso hacer la misma exclamacion al sabio más materializado, por ejemplo, á Moleschott, á Buchner, á Vogt, á Dally, á la vista de una mona?

El hombre físico y fisiológico.— Yo no acrimino de ningún modo las innumerables investigaciones (signo caracteris-

tico, sin embargo, de las aspiraciones animales de los tiempos modernos) emprendidas con el solo fin de establecer una estrecha analogía de forma y de organismo entre el mono y el hombre. Estoy enteramente dispuesto a admitir con mi ilustre maestro y amigo, Estéban Geoffroy Saint-Hilaire, la unidad de plan en la naturaleza y la creación, la unidad de composición orgánica y la progresión, á menudo insensible, del sér informe al sér que tiene una forma; del inorgánico al orgánico, de la fuerza ciega misma á la inteligencia consciente y á la voluntad, con cuatro saltos insuperables, sin embargo, para todos, excepto para el Dios criador: de la *nada al sér*, del *sér á la vida*, de la *vida al sentimiento*, de la *sensibilidad á la razon*. No me repugna de ningun modo el admitir que el *hombre es un animal mamífero del órden de los primatos, familia de los bímanos, caracterizado taxinómicamente por una piel de vello ó de pelo muy raro*. (Artículo *Hombre* del Diccionario de Nysten, edición de Littré y Robin.) Empero, entre los caracteres físicos y fisiológicos del hombre y del mono, no deja de existir por eso un abismo tal, que M. Flourens estaba perfectamente autorizado para decir en su elogio de Tiedeman: «La especie humana excluye á todas las demás, y ella resta escluida de todas ellas. No tiene pariente alguno, ella es sola; y cuanto los observadores superficiales pudieron decir sobre su pretendida conformidad con el orangutan es esencialmente falso. El orangutan no camina derecho, ni se halla configurado para ello; su columna vertebral carece de esas curvaturas alternativas, en sentido contrario, necesarias para la posición vertical; no se mantiene en pié, ni un momento, más que apoyado sobre un palo. Cuando quiere correr, pónese de cuatro patas; su pié es como una segunda mano; el otro pié carece de talón, y sólo se fija en el suelo por su canto. Sus brazos son casi tan largos como sus piernas. Estos sirven para su marcha; mas esta marcha misma es sólo accidental. Sostiénese ordinariamente sobre los árboles; y por eso tiene cuatro manos y es cuadrumano.

Buffon ha dicho: «Los órganos de la voz son los mismos en el hombre que en el orangutan.» No era posible equivocarse más completamente. Todos los monos tienen en su laringe, algunos de ellos aun en el cuerpo de su hióides, unas bolsas ó vejiguillas en las cuales se concentra el aire, y de donde el aire sólo puede salir con un murmullo sordo que se opone á toda articulacion distinta ó inteligible, á todo lenguaje. «Finalmente, dice Buffon, el cerebro del orangutan es absolutamente de la misma forma y tamaño que el del hombre.» La refutación completa y absoluta de dicho error es uno de los más bellos timbres de gloria de Tiedeman. La capacidad del cráneo del orangutan está lejos de igualar á la del cráneo del hombre. El cerebro del hombre, y de todos los hombres, difiere enteramente del cerebro del orangutan por su volumen, y más todavía por el predominio relativo de aquellas de sus partes que son la residencia esclusiva de la inteligencia, los lóbulos ó hemisferios cerebrales... Así el hombre solo concibe el órden moral y concibe á Dios; pues todos los hombres conciben el órden moral y conciben á Dios. Sobre esos dos puntos, la inteligencia es la última y definitiva prueba de la unidad humana.»

Yo no me ocuparé en examinar circunstanciadamente los resultados de los esfuerzos hechos ó intentados en la más deplorable y triste de las cuestiones, es decir, la paridad anatómica y fisiológica que debe establecerse entre el mono y el hombre. De tales esfuerzos puede decirse con sobrada razon: *Quantum gressus sed extra viam!* He leído los libros y las memorias de los Huxley, los Vogt, los Buchner, los Moleschott y los Broca: ¿á qué condujeron, pues, sus tan obstinadas comparaciones? Estas sirvieron en primer lugar para la consignacion patente de un hecho capital, verdaderamente abrumador para la nueva escuela: *La capacidad cránica del hombre es doble de la capacidad cránica del mono más superior*. Este hecho desconcierta á M. Huxley, quien desde luego prueba de atenuar su alcance, declarando, en primer lugar, lo que en el fon-

do nada significa: 1.º que la diferencia en el peso del cerebro entre el hombre más eminente y el mono más superior es menos grande relativa y absolutamente que la que existe entre el mono más inferior y el mono más eminente; 2.º que al fin y al cabo, el poder intelectual no depende exclusivamente del cerebro, y que este no es más que una de las numerosas condiciones de las cuales dependen las manifestaciones intelectuales (pág. 237). Empero, hablando así, M. Huxley rompe directamente con nuestros adversarios, con la escuela antropológica moderna, para la cual esta concesión es, según M. Dally, una *reminiscencia de aquellas épocas de barbarie en las cuales la ciencia anatómica no existía*, y que hace del dogma del pensamiento-función del cerebro, un dogma fundamental. La segunda conclusión sin consecuencia de M. Huxley y de todos sus émulos era que, respecto de los esqueletos, el cráneo, los pies y las manos, lo mismo que respecto del cerebro, las diferencias entre el hombre y el gorilla son de una importancia menor que la que existe entre el gorilla y otros monos. Digo que dicha conclusión era contraproducente, porque los monos forman especies en realidad diferentes, mientras que el hombre constituye una especie única.

Si, haciendo con los antropólogos lo que he hecho con los geólogos, y concretándome á los más célebres, á aquellos que hacen más autoridad, por ejemplo, Buffon y de Blainville, Owen y Huxley, Pruner-Bey y Broca, Gratiolet y Vogt, Tiedeman y Wagner, trazara el cuadro de sus contradicciones sobre todos los puntos, sin exceptuar los más fundamentales, quedaría demostrado hasta la evidencia que la pretendida paridad anatómica y fisiológica del mono con el hombre es en gran manera controvertida y más que dudosa; que es infinitamente probable que aquí se trata de diferencias, no accidentales ó de cantidad, sino esenciales ó de cualidad!

Esta contradicción incesante de nuestros adversarios, que acusa su debilidad y acrecienta nuestra fuerza, es

tan común y manifiesta, que, precisamente con motivo de dicha paridad, M. Huxley siéntese enteramente sorprendido y asombrado, al oír declarar á M. Owen, como él mismo, que es cosa muy difícil para el anatomista *la distinción entre el hombre y el pithecus*. Tan lejos se está todavía de entenderse sobre ello, que con frecuencia vemos á los hombres más prevenidos contra nuestras doctrinas, arrastrados, sin que ellos mismos lo sospechen, por medio de investigaciones especiales y enteramente independientes, á afirmarlas respecto de todos y á pesar de todos. Así es, por ejemplo, que muy recientemente el Dr. M. Joulin, profesor de partos de la Facultad de medicina, de un estudio muy atento del receptáculo de la mujer, infiere la exclusividad y unidad de la especie humana. (*Archivos generales de medicina*, enero de 1861.) En resumen, la anatomía y la fisiología son todavía unas amalgamas de hipótesis y contradicciones; sus dogmas, si es que puedan llamarse así, caducan demasiado pronto, M. Dally es quien lo afirma (*Luzgar del hombre en la naturaleza*, pág. 257, nota), para que sea posible oponerlos razonablemente á la revelación.

M. Pablo Broca, que no puede ser sospechoso para nuestros adversarios, aunque se haya opuesto al trasformismo de Darwin y Huxley, resume de la manera siguiente su larga memoria sobre el orden de los primatos (Paralelo anatómico del hombre y de los monos. *Boletín de la Sociedad de antropología*, entregas 20 y 30, 1869): «Terminaré, pues, diciendo con Godman, Carlos Bonaparte, Dugés é Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire: El hombre constituye menos que un orden y más que un género; él forma por sí solo una familia, la primera familia del orden de los primatos. El hombre (puesto que es el solo que reúne las condiciones de un equilibrio vertical perfecto y de una marcha libre, fácil, habitual, sobre los dos pies, no estará cruz confinado en el bosque, podrá recorrer la pradera, cruzar las estepas, habitar á su voluntad la llanura ó la montaña y ser el conquistador del planeta entero. Su ma-

no, desprendida del suelo, no será más que un maravilloso instrumento del trabajo, instrumento activo, con cuyo auxilio podrá crearse instrumentos pasivos, fabricar y manejar utensilios, armas ofensivas y defensivas. Capaz de correr por todas partes, podrá perseguir y alcanzar una presa viviente y añadir á su régimen vegetal un alimento animal... La comparación de los órganos muestra algunas diferencias ligeras; la comparación de las funciones revela otras mucho mayores... La anatomía viviente nos permite decir, sin vano orgullo, que la familia humana se eleva por su organización muy por encima de aquella que más se aproxima á ella... Un colega ilustre, cuya pérdida siempre sentimos, espiando un día las analogías y las diferencias entre el hombre y los monos, terminó su elocuente conferencia con estas palabras arrebatadoras...: Sí, por su forma, estructura y conjunto de sus disposiciones, el hombre es un mono; mas por su inteligencia y por las creaciones del pensamiento, el hombre es un dios... Yo no estoy bastante versado en la metafísica para discutir sobre los caracteres por los cuales se pudiera reconocer en Lacenaire la naturaleza de un dios; mas sobre el primer punto yo contestaría resueltamente: ¡No! el hombre no es un mono; dado que se eleva por encima del mono en la proporción misma que el boceto se separa del tipo acabado. Y considerando desapasionadamente la antítesis que un arranque oratorio hizo salir de los labios, más bien que del pensamiento de nuestro llorado colega, yo diré á mi vez:

*Ni tanto ni tan poco merece la humanidad,
Ni tal colmo de honores, ni tamaña indignidad.*

«La zoología, designando al hombre un puesto en sus cuadros, atestigua su preeminencia. El es el primero de los primatos, el primero de los primeros.»

Ese rango fijado al hombre animal por el menos sospechoso de nuestros adversarios, bastaría casi para sa-

tisfacer todas las exigencias de la revelación. Empero él no ha satisfecho aun á M. Pruner-Bey, uno de los colegas más competentes de M. Broca en la Sociedad de antropología. Tengo á la vista su protesta inserta en el tomo IV de los boletines de las sesiones de 1869, y de él entresaco estas breves líneas, muy significativas por cierto: «El mono difiere anatómicamente del hombre, no solamente por una simple degradación, sino por un contraste evidente en todo, por unas maneras opuestas en su desenvolvimiento á cuanto pasa en el hombre... El hombre es la última expresión de la naturaleza, cualquiera que sea el color de su piel, cualquiera que sea el grado de la escala moral ó intelectual que hubiere alcanzado. Sí, Boschiman desheredado ó ciudadano privilegiado, san Vicente de Paul ó Lacenaire, en una palabra, ángel ó demonio, él no es en último análisis comparable más que á sí mismo... Cada vez que consideramos en el hombre la grande, la inmensa cuestión del resultado funcional que deriva de su conformación anatómica, ¿es acaso el término de familia, de orden, de sub-clase, de clase lo que expresará con exactitud el equivalente de la divergencia? Seguramente, no; bajo este punto de vista, el hombre no constituye un reino ó un imperio; no, él representa un mundo aparte.»

M. Quatreflages, miembro á la vez de la Academia de ciencias y de la Sociedad de antropología, afirma el reino humano: «En mi opinión, dice él (y no es él solo del mismo parecer; Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire lo ha proclamado en voz muy alta igualmente), el hombre difiere del animal tanto y bajo el mismo concepto en que este difiere del vegetal; debe formar por sí solo un reino, el reino hominal ó reino humano; y este reino hállase caracterizado tan claramente, y con unos caracteres del mismo orden, que aquellos que separan entre sí los grupos ó reinos primordiales, mineral, vegetal y animal. El hombre es un sér organizado, viviente, sentiente, moviéndose espontáneamente, dotado de moralidad y religiosidad.» (Unidad

de la especie humana, páginas 17 y 31). En el hombre hay, según las divinas Escrituras, dos hombres, el hombre animal y el hombre espiritual, *animatis homo, spirituales homo*. El hombre animal impide que él sea un dios, el hombre espiritual impide que sea un mono. Sólo cuando el hombre animal ó del pecado ha sido anonadado ó transformado por la redención y la gracia, es cuando la fé dice de los hombres: Vosotros sois todos dioses y los hijos del Altísimo, los herederos de Dios y los coherederos de Jesucristo! Sin hablar de reino y de mundo á parte, M. Flourens es mas esplicito todavía. Declara rotundamente la exclusividad de la especie humana. «Solo el hombre, dice, no tiene especie alguna inmediata; no tiene especie alguna consanguínea. Sobre este último punto vergonzoso fuera el espresar una sola duda. El hombre es de una naturaleza propia, exclusiva de toda otra..., toda vez que el privilegio de la exclusividad no pertenece más que á la especie humana.» (*Ontología natural*, pág. 70 y 71.)

EL HOMBRE PSÍQUICO Y ESPIRITUAL.

Volvamos á la síntesis del hombre y de los mundos, comprendida enteramente en estas cuatro grandes cosas: *sér, vida, sensibilidad, razon*; y veamos cómo, respecto de esas grandes cosas, se sostienen la revelacion y la ciencia.

EL SÉR.

La revelacion enseña é impone la existencia de Dios, sér necesario, eterno é infinito, que posee la plenitud del sér. Dios da de su plenitud á los seres contingentes y finitos que él ha llamado á la existencia, no de toda eternidad, sino en el tiempo, puesto que el tiempo principia inmediatamente con la criatura, sér esencialmente contingente y sucesivo. Para la falsa ciencia, lo mismo que para la falsa filosofía, el sér, aun contingente, la materia y la

vida son eternos y coeternos con Dios. Acaso no lo crean así en el sentido de que la materia sea necesaria y eterna, sino en el sentido de que el sér necesario hubiera creado de toda eternidad, y que el monumento fuera contemporáneo de su eterno Arquitecto, como si el hacerse contemporáneo ó el no separarse por algun intervalo de tiempo el arquitecto y el edificio, no fuera negar igualmente que el edificio sea la obra del arquitecto.

El sér eterno es esencialmente el sér necesario, el sér necesario es esencialmente infinito, puesto que no se halla limitado por nada. El sér, bien sea necesario ó contingente, lo mismo que el paso, para el sér contingente, de la nada al sér, son misterios; mas la revelacion adorando en el sér necesario al Sér eterno é infinito, concilia, tanto como cabe hacerlo, de la manera más honrosa y consoladora, el misterio y la razon humana. La falsa ciencia, por el contrario, proclamando necesaria y eterna una materia inerte y limitada, la cual pudiera ser más ó menos estensa, tener tal ó cual forma y ocupar tal ó cual lugar, condena á la inteligencia á contradicciones irritantes y sin fin. El admitir un grano de arena eterno, fuera admitir un grano de arena eternamente adherido á un mismo sitio, á una misma forma, de las cuales solo pudiera separársele haciéndole perder su existencia, operacion de todo punto imposible cuando se le hace existir necesariamente. La ciencia quiere que la materia sea inerte; pues bien, ¿cómo conciliar con la existencia necesaria y eterna esta inercia que la vuelve indiferente á todos los movimientos que yo le comunico, á todas las formas que le doy y á todos los lugares en que la coloco? ¿Cómo una pasividad absoluta, es decir, la indiferencia aun al sér y á la nada, lo mismo que al reposo y al movimiento, pudiera conciliarse con la existencia necesaria y eterna? En una palabra, la revelacion solo ofrece á mi razon un misterio, la creacion; y mi razon se somete á él, porque lo halla posible y razonable. La falsa ciencia, por el contrario, imponiendo á mi creencia un mundo que exis-

te solo de toda eternidad, de tal modo y no de tal otro, es decir, el órden sin moderador alguno, unas leyes sin legislador alguno, unos efectos sin autor alguno y sin causa alguna, lo finito coexistente de toda eternidad con lo infinito, lo que depende coeterno con lo independiente, el sér que nada puede subsistiendo por sí mismo como el sér que lo puede todo, levanta ante mis ojos montañas de incoherencias, de contradicciones y de absurdos.

LA VIDA.

¿Qué es la vida para la revelacion? El espíritu del cual Dios anima á la materia organizada, el sopro de Dios. *Spiritus vite, spiraculum vite*. Para ella, en todos los séres vivientes, la reproduccion de la vida es el efecto de una intervencion divina y esta reproduccion se hace invariablemente segun el género y segun la especie. Dios infundió en ellos el gérmen que debe perpetuarlos; este gérmen es indispensable, sin que jamás la vida pueda salir de una molécula de materia en la cual Dios no la hubiere infundido.

La vida, además, osténtase á nuestra vista bajo dos aspectos muy distintos. Tan pronto, *vegetal y puramente orgánica*, limitase al desarrollo y á la conservacion del individuo por medio de la respiracion, la circulacion, la digestion, las secreciones, etc.; tan pronto, *animal ó de relacion*, pone al sér viviente en comunicacion con los centros exteriores por medio de la locomocion, los sentidos y la inteligencia. La revelacion no da á las plantas un alma que pueda llamarse vegetativa; ella parece más dispuesta á explicar los fenómenos de la vida de las plantas lo mismo que los del instinto, de la conservacion y de la reproduccion de los animales, por la accion incessante de la causa creadora. Ninguno ha aclarado, mejor dicho sentido que Bossuet: «Sobre nuestra razon circunscrita á ciertos objetos, hemos reconocido, dice el citado autor en su *Tratado del conocimiento de Dios y de si mismo*, cap. V, § 2,

una razon primera y universal que todo lo ha concebido antes que fuera, que todo lo ha sacado de la nada, que todo lo relaciona con sus principios, que todo lo forma bajo un mismo plan y lo hace mover todo en consonancia. Dicha razon hállase en Dios, ó más bien, dicha razon es Dios. Él no se siente forzado respecto de nada; es el dueño de la materia y la confecciona como le place; él acaso no tiene parte alguna en sus obras, ni se halla dominado por necesidad alguna; finalmente, la razon sola es su ley. Así todo lo que hace es consecuente; y la razon refléjase en ello en todas partes. Existe una razon que hace que el peso mayor arrastre al menor, que una piedra se sumerja en el agua más bien que un madero, que un árbol crezca en un sitio más bien que en otro, y que cada árbol absorba del suelo, entre una infinidad de jugos, aquel que es propio para alimentarlo; mas esta razon no se halla en todas las cosas; reside en aquel que las ha hecho y ordenado. Si los árboles dilatan sus raíces tanto como es conveniente para su sustento; si estienden sus ramas en proporcion, y se revisten de una corteza propia para protegerlos contra las inclemencias del aire; si la vid, la yedra y las demás plantas que fueron hechas para adherirse á los grandes árboles ó á las rocas, eligen tan admirablemente sus pequeños huecos y se enroscan con tanta propiedad en los sitios que son capaces de sustentarlos; si las hojas y los frutos de todas las plantas se reducen á unas figuras tan regulares, si toman exactamente con la figura, el gusto y las demás cualidades que se derivan de la naturaleza de la planta, todo esto se hace por la razon; pero esta razon no se halla ciertamente en los árboles. Por más que quiera ponderarse la habilidad de la golondrina que sabe construirse un nido tan pulcro, ó de las abejas que ajustan con tanta simetria sus celdillas, los granos de una granada no dejan por eso de hallarse ajustados con menos propiedad, y sin embargo, á nadie le ocurre el decir que las granadas se hallen dotadas de razon. Todo se hace, dicen, á propósito en los ani-